

MÁS ALLÁ DEL VIDRIO Y LA CARNE: INSEGURIDADES Y ESTRATEGIAS LABORALES DE LOS FAQUIRES EN EL METRO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Beyond glass and meat: insecurities and labor strategies of fakirs in the Mexico City subway

*Além do vidro e da carne: inseguranças e estratégias trabalhistas
de faquires no metrô da Cidade do México*

Flor Daniela Estrada Gutiérrez¹

Recibido: 5 de octubre de 2021.

Corregido: 19 de noviembre de 2021.

Aprobado: 11 de diciembre de 2021.

Resumen

La imposibilidad de acceder a un empleo por habitar en la calle y el habitar en la calle por la falta de acceso al mercado laboral es una de las correlaciones sociales que ha dirigido a la población callejera a configurar su propia descripción de trabajo. Entre las actividades económicas a las que recurren, se encuentran prácticas que han sido clasificadas como mendicidad y mendicidad disfrazada; una de ellas es el *performance* de faquir dentro de los vagones del Metro. Ante la paradójica resolución y exposición de riesgos en la práctica del faquir, el presente artículo describe las condiciones sociales que configuran el ejercicio del faquir como un trabajo, las inseguridades que implica, las estrategias empleadas para afrontar dichas inseguridades y la influencia del arraigo callejero y el género sobre la percepción del riesgo y la permanencia en la actividad, destacando la criminalización de la actividad dentro del Metro como uno de los principales riesgos. Todo lo anterior, desde las narrativas y las trayectorias laborales de un grupo de personas que practica o en algún momento de su vida ha practicado el faquir.

Palabras clave: población callejera, exclusión laboral, mendicidad, faquir, riesgo, criminalización.

¹ Licenciada en Trabajo Social por la ENTS-UNAM. Maestrante en el Posgrado de Antropología Social en CIESAS. Líneas de investigación: pobreza y desigualdad social, mercados laborales informales, sociología y antropología de las emociones. Correo electrónico: flor25estrada@gmail.com

Abstract

The impossibility of accessing a job due to living on the street and living on the street due to the lack of access to the labor market is one of the social correlations that has led the homeless population to configure their own job description. Among the economic activities to which they resort are practices that have been classified as begging and disguised begging; one of them is the performance of a fakir inside the subway cars. Faced with the resolution paradox and exposure of risks in the practice of the fakir, this article describes the social conditions that configure the exercise of the fakir as a job, the insecurities involved, the strategies used to face these insecurities and the influence of street roots and gender on the perception of risk and permanence in the activity, highlighting the criminalization of activity within the Subway as one of the main risks. All the above, from the narratives and work trajectories of a group of people who practice or at some point in their lives have practiced the fakir.

Keywords: Homeless, labor exclusion, begging, fakir, risk, criminalization.

Resumo

A impossibilidade de acesso a um emprego por viver na rua e viver na rua por falta de acesso ao mercado de trabalho é uma das correlações sociais que tem levado a população em situação de rua a configurar sua própria descrição do trabalho. Entre as atividades econômicas a que recorrem estão as práticas que foram classificadas como mendicância e mendicância disfarçada; uma delas é a atuação do faquir dentro dos vagões do Metrô. Diante do paradoxo da resolução e da exposição ao risco na prática do faquir, este artigo descreve as condições sociais que configuram o exercício do faquir como trabalho, as inseguranças envolvidas, as estratégias usadas para lidar com essas inseguranças e a influência das raízes de rua e gênero na percepção de risco e permanência na atividade, destacando a criminalização da atividade dentro do Metrô como um dos principais riscos. Tudo isso, a partir das narrativas e trajetórias de trabalho de um grupo de pessoas que praticam ou em algum momento de suas vidas praticaram o faquir.

Palavras-chave: população em situação de rua, exclusão laboral, mendicância, faquir, risco, criminalização.

Introducción

El faquir es una de las actividades económicas que se pueden observar dentro de los vagones del Metro de la Ciudad de México. Consiste, básicamente, en colocar en el suelo del vagón una playera o un pedazo de tela con trozos de vidrios rotos y acostarse de espalda, de frente, sobre el pecho o golpear las rodillas, brazos, antebrazos y muñecas contra los vidrios. En algunas ocasiones, el acto se acompaña de alguien que camina sobre el pecho de la persona que se encuentra de espalda, ante los vidrios, o de

maromas y acrobacias en los pasamanos del vagón. En dichas acrobacias, las personas caen de espalda contra los vidrios, lo que produce un sonido estruendoso, por el impacto del cuerpo al caer y del crujir de los vidrios en la piel.

Esta actividad económica es propia de la población callejera. Dicha población se caracteriza no sólo por habitar en las calles de las grandes ciudades, sino por sobrevivir en condiciones de pobreza extrema; provenir, en su mayoría, de una trayectoria de vida marcada por diversos tipos de violencia y desventajas acumuladas –como la pobreza transgeneracional y, en consecuencia, la inmovilidad social (Alder, 2016)–; por la imposibilidad de acceder a los derechos más indispensables, como el derecho al trabajo (Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México (CDHDF, 2014); y por la constante discriminación para acceder a servicios, como los de salud y educación.

Algunos de los motivos por los que esta población es discriminada son: la carencia de existencia legal, es decir, la falta de documentos de identidad (acta de nacimiento, por ejemplo) y el estigma por el que, históricamente, ha sido etiquetada como una población improductiva, dañina para la sociedad (Castel, 1997) y que se aleja (se le aleja) de los modos convencionales de vivir (Goffman, 2006).

A pesar de lo anterior, la población callejera logra obtener recursos materiales y simbólicos para sobrevivir en el espacio público (Pérez J. M., 2003; Ruíz, 2019). Algunos de éstos provienen de la práctica de diversas tipologías de mendicidad, tal es el caso del faquir.

Bajo estas consideraciones, el artículo tiene como objetivo general analizar las principales inseguridades y estrategias desarrolladas ante la práctica y configuración del faquir, dentro del Metro de la Ciudad de México, como un trabajo propio de la población callejera. Para el cumplimiento de dicho propósito se desarrollan los siguientes objetivos específicos: 1. Identificar las condiciones sociales que llevan a la población callejera a configurar sus propias significaciones de trabajo a través de actividades que se caracterizan por múltiples inseguridades, como es el caso del faquir; 2. describir las percepciones del faquir como un trabajo, así como las inseguridades y estrategias que implica su ejercicio; 3. analizar la variación de condiciones laborales en la práctica del faquir, en función de la antigüedad en la actividad, del arraigo callejero, la edad y el sexo, entre otras características.

1. Población callejera y trabajo

La población callejera constituye un fenómeno social característico de la vida en las grandes urbes. En específico, en las ciudades de los llamados “países emergentes” de Latinoamérica (Pérez J. M., 2003). Con el cambio en el modelo de desarrollo económico entre 1976 y 1985, se agudizaron dos fenómenos que arrojaron a las calles a miles de personas: 1. el “desmoronamiento de la sociedad salarial” (Castel, 1997, 97), que se traduce en mayores niveles de informalidad, y 2. el aumento del desplazamiento de las poblaciones rurales a las grandes ciudades (Pérez J. M., 2003).

En la década de los ochenta, una de las manifestaciones de la desigualdad y de la búsqueda de recursos en los espacios públicos fue la alta presencia de “niños de la calle” (CDHDF, 2014; Martínez, 2018). Para los siguientes años, con el crecimiento y la permanencia en el espacio público de los que anteriormente fueron denominados “niños de la calle”, la composición demográfica y social de esta población se transformó (Taracena, Albarrán y Flores, 2012; CDHDF, 2014; Martínez, 2018). En efecto, ya no sólo se hablaría de niños de la calle, sino de una población integrada por jóvenes, adultos mayores, mujeres, migrantes provenientes de otros estados y países, personas con alguna discapacidad, etcétera (Secretaría de Desarrollo Social de la Ciudad de México (SEDESOC, 2017).

Como consecuencia de la evolución de la vida en calle como fenómeno y la diversidad demográfica que interactúa en ella, nace el término *poblaciones callejeras*, el cual se refiere a

La existencia de un grupo de personas que, pudiendo pertenecer a diversos grupos de población, comparten una situación de exclusión económica y social, y experiencias de apropiación de la calle espacio público que utilizan como principal área de socialización y obtención de recursos materiales y simbólicos para su subsistencia (Pérez J. M., 2002, citado por CDHDF, 2014, 39).

En México, en la última década se han realizado diversos censos sobre el número de personas que habitan en las calles de la ciudad. El último de ellos, en 2017, señala la existencia de 6,754 personas pertenecientes a la población callejera (SEDESOC, 2018),² de las cuales 49.71 por ciento

2 Cabe señalar que el método utilizado por los censos consiste en un conteo que se realiza en una noche y en la madrugada del día siguiente en diferentes puntos de la ciudad (SEDESOC, 2017). Una de las inconsistencias de las metodologías utilizadas es

son originarias de la Ciudad de México y 50.29 por ciento migraron a la ciudad; de las personas provenientes de otros estados, 69.90 por ciento refirió haber migrado en búsqueda de un empleo. Referente al tema laboral o a las estrategias que utilizan para acceder a recursos económicos, 60.75 por ciento se rehusó a proporcionar información, mientras que entre las respuestas que señala el 39.25 por ciento restante se encuentra el charoleo,³ obtener recursos de la caridad, de instituciones religiosas y de la comunidad (SEDESOC, 2018).

Trabajos recientes (Pérez R., 2012; CDHDF, 2014; Paredes, 2018; Estrada, 2021) destacan la presencia de las personas de población callejera en actividades relacionadas a la mendicidad y sus tipologías; por ejemplo, el charoleo, tarjetear, palabreo y el faquir.⁴ Incluso, uno de los calificativos más antiguos con el que se le ha ubicado a esta población es el de “mendigos” (Martínez, 2018).

La evidente presencia de la población callejera en la práctica de la mendicidad remite a indagar sobre los obstáculos que presenta para integrarse al mercado laboral, y en los motivos de exclusión de éste. Al respecto, encontramos la codependencia de factores que van desde la baja escolaridad y la escasa red de apoyo social, fuera del entorno callejero, hasta la falta de documentos de identidad (acta de nacimiento, CURP, credencial de elector, etcétera). Este último obstáculo es una característica común de la población callejera y se presenta como la falta de acceso al derecho de identidad; “un factor que incrementa el riesgo de vulneración de otros derechos” (CDHDF, 2014, 14), en este caso, el derecho al trabajo.

Otros de los principales obstáculos son la falta de habilidades laborales y la alta estigmatización y criminalización hacia esta población. En términos de estigma, los antecedentes por los que dicha población es rechazada se inscriben, principalmente, en el cuerpo y el habla; es común que la presentación personal como la ropa que visten, los tatuajes que algunas personas

que no alcanzan a cubrir el número real de personas que habitan las calles; “no resultan acordes con la lógica de movilidad de las poblaciones callejeras...” (CDHDF, 2014, 12), que en el momento del conteo recurran, por ejemplo, a la renta de una habitación de hotel, “se encuentren detenidas en alguna delegación policiaca; heridas en un hospital...” (Ruíz, 2020), etcétera.

³ Nombre que ha designado la población callejera a la práctica de mendicidad que consiste en extender la mano y expresar la solicitud de apoyo.

⁴ La descripción de estas actividades puede observarse en la Tabla 1.

portan, la complexión física, etcétera, influyan en el rechazo laboral;⁵ la vida en las calles se encarna.

Asimismo, es frecuente que quienes logran insertarse en el mercado laboral, además de carecer de prestaciones laborales, no cuenten con las herramientas necesarias para enfrentar situaciones de abuso, explotación, precariedad, acoso o violencia laboral (CDHDF, 2014, 183).

A pesar de los diversos obstáculos y las múltiples discriminaciones, la población callejera obtiene recursos materiales y simbólicos que le permiten sobrevivir en el espacio público (Pérez J. M., 2003; Ruíz, 2019). Como ya se ha mencionado, algunos de estos recursos provienen de prácticas mendicantes. Aunado a lo anterior, mediante la práctica de la mendicidad este grupo poblacional se inserta en los intercambios morales de la sociedad y ocupa un rol en ella, como un grupo merecedor de caridad (Simmel, 2014 [1908]).

En este sentido, es posible entender el uso mercantil de un estereotipo asociado a sus estrategias de sobrevivencia, ya que éste le otorga existencia social. “Es alguien” mientras sea callejero, de otra forma sería uno más de los olvidados en el escritorio de algún funcionario (Pérez J. M., 2003, 18).

Lo anterior demuestra una cualidad de exclusión e inclusión en la mendicidad, a partir de la cual la población callejera ha elaborado su propia descripción, organización y división del trabajo (Pérez A., 2012), conformada principalmente por las siguientes actividades:

⁵ Estas experiencias corporales de exclusión laboral fueron referidas por las y los entrevistados.

Tabla 1
Principales actividades socioeconómicas de la población callejera

<i>Nombre de la actividad</i>	<i>Descripción</i>	<i>Lugar en el que se lleva a cabo</i>
Charolear	Solicitar dinero. Por lo regular se hace estirando la mano y diciendo frases cortas como: "¿me regalas una moneda?".	Entradas de las estaciones del Metro, mercados, puentes peatonales e iglesias.
Palabrear	Recitar un discurso donde se expone la condición de habitante de la calle, los riesgos de vivir en ella y la falta de recursos sociales y económicos. En algunas ocasiones va acompañado de algún consejo para evitar que generaciones futuras se expongan a los riesgos de vivir en la calle. Puede tener una connotación amable o coercitiva.	Vagones del Metro.
Dulcear	Ofrecer o dejar un dulce o paleta en las manos o piernas de los usuarios (cuando se está en el transporte público), exponiendo, simultáneamente, el mismo discurso del palabreo y/o cantando una canción. Al finalizar, la persona solicita apoyo económico o alimentario a cambio del dulce.	Vagones del Metro, puestos ambulantes, locales de venta de alimentos y plazas públicas.
Faquirear	Acostarse, caer de espaldas después de realizar acrobacias en los pasamanos del vagón o golpear algunas extremidades del cuerpo sobre una camisa, manta o pedazo de tela con trozos de vidrio y exponer un discurso similar al palabreo.	Vagones del Metro y semáforos de avenidas principales.
Lanza llamas o tragafuegos	Escupir gasolina en una antorcha con fuego.	Cruceros y semáforos de avenidas principales.
Tarjetear	Ofrecer imágenes religiosas y exponer un discurso similar al palabreo a cambio de una cooperación voluntaria.	Vagones del Metro.
Limpiaparabrisas	Limpia los parabrisas de los automóviles, con jabón, un pequeño jalador y un trapo, durante el tiempo de alto de los semáforos.	Cruceros y semáforos de avenidas principales.

Fuente: elaboración propia.⁶

⁶ Elaboración con base en datos obtenidos de los trabajos de Pérez R. (2012), Pérez A. (2012), CDHDF (2014) y del trabajo de campo realizado en una asociación civil y con un grupo de población callejera, de junio de 2019 a marzo del 2020.

A estas actividades se suma la venta ambulante de dulces y cigarros y actividades dentro de negocios que se establecen en la vía pública, como instalar puestos, lavar trastes, surtir mercancía y despachar el negocio⁷ (CDHDF, 2014; Pérez R., 2012).

Como puede apreciarse, el abanico de actividades socioeconómicas a las que se integra la población callejera es limitado y, en su mayoría, son actividades inestables, pues dependen de la posible retribución del público donde se desarrolle la actividad. Además, conllevan grandes inseguridades en múltiples dimensiones: salud, ingresos, discriminación, que a su vez se traducen en comentarios ofensivos y humillantes por parte de los transeúntes, accidentes en el espacio en donde realizan las actividades (por ejemplo, el atropellamiento en el caso de las personas que se dedican a limpiar parabrisas) y la constante criminalización y abuso físico y verbal por parte de las autoridades (CDHDF, 2014; Serna, 2020b).

En específico, en la práctica del faquir su componente principal es la “exhibición física del riesgo” (CDHDF, 2014, 141), lo cual implica la perforación profunda de la piel, la infección de las heridas o una mala caída tras las acrobacias, por mencionar algunos riesgos. Sin embargo, a pesar de la peligrosidad, sigue siendo una de las actividades que más reproduce y practica la población callejera y que los propios ejecutores significan como un trabajo que requiere una serie de preparaciones emocionales, esfuerzo físico y desafío del dolor (Estrada, 2021).

2. Diseño metodológico y marco de estudio

Con el objetivo de conocer la experiencia de la población callejera en relación con la práctica del faquir, desde sus marcos de concepción, la presente investigación se desarrolló desde un enfoque cualitativo. Para conocer la configuración del faquir como un trabajo fue indispensable, en primer lugar, recuperar las trayectorias de vida y laborales que permitirían averiguar qué prácticas ejercen las personas de población callejera ante las inseguridades, la desigualdad y la exclusión del mercado laboral, así como la construcción de su percepción de trabajo a partir de dichas trayectorias que los llevaron a habitar las calles.

⁷ Estas últimas actividades no se han incluido en la Tabla, pues no son exclusivas de las poblaciones callejeras.

De acuerdo con Fiorella Mancini (2017, 18):

La reconstrucción de trayectorias permite organizar la experiencia de los trabajadores desde sus propios nudos narrativos [...] las trayectorias de vida brindan la capacidad analítica para relacionar las prácticas de los trabajadores con las formas biográficas de sus relatos, ancladas en situaciones estructurales específicas.

Para acceder a la información requerida (relatos, narrativas, trayectorias) se utilizaron diferentes herramientas del método etnográfico, desde la observación a distancia, la fotografía, la participación periférica, hasta las entrevistas semiestructuradas (véase Anexo 1). Con respecto a la participación periférica, ésta consiste en integrarse a la comunidad sin participar en actividades centrales (Pérez R., 2012). Por ejemplo, a pesar de convivir y realizar algunas actividades propias del grupo, como acompañarlos y comer con ellos en los comedores comunitarios, jugar baraja, estar presente en el festejo del cumpleaños de alguno de sus hijos y abordar con ellos los vagones a la hora de la práctica del faquir, no se practicó el faquir ni se participó en el consumo de sustancias psicoactivas (actividades centrales del grupo).

El trabajo de campo se realizó en tres fases. En primera instancia, de octubre de 2018 a mayo de 2019, desde el rol de usuaria del Metro, se registraron 63 observaciones a distancia de diversas actividades que se inscriben en la práctica de la mendicidad dentro de las instalaciones del Metro de la Ciudad de México. El registro consistía en describir las características de las poblaciones que recurren a la práctica de la mendicidad, la técnica y el discurso que utilizaban y los usuarios que la retribuían. Las categorías consideradas para registrar una práctica mendicante provienen de las propuestas de Fabre (2000) sobre mendicidad y mendicidad disfrazada, y de Serna (2020b) sobre los “mercados emocionales” que incluyen la mendicidad pura, la mendicidad artística y la mendicidad comercial. En dichas observaciones se detectó que uno de los grupos con mayor presencia en el ejercicio de la mendicidad es la población callejera.

Después, en la segunda fase, en aras de establecer un vínculo con esta población, se realizó un voluntariado en la Asociación Civil El Caracol. Dicha asociación tiene como objetivo promover y defender los derechos humanos de la población callejera, mediante el acompañamiento educativo.

Durante el voluntariado se mantuvo contacto con algunos integrantes del grupo de “La Raza”. Gracias a este contacto, de diciembre de 2019 a marzo de 2020 se llevó a cabo la tercera fase, en la cual se desarrolló la observación periférica dentro del grupo y se estableció un vínculo de confianza. Lo anterior permitió observar de manera cercana la “puesta en escena” de la actividad: la preparación de los vidrios, el entrenamiento, el conteo y la repartición del dinero obtenido, así como la interacción de las y los faquires con usuarios y policías del Metro. Además, mediante las entrevistas se recuperó la “percepción y la experiencia directa ante los hechos de [su] vida cotidiana” (Guber, 2004, 109).

Sobre las observaciones a distancia y la observación participante, cabe señalar el papel de las emociones y del rol como investigadora dentro del grupo. De acuerdo con Robert Bogdam y Steven Taylor (1987, 82-83), “las notas de campo no deben incluir sólo descripciones de lo que ocurre en un escenario, sino también un registro de los sentimientos interpretaciones, intuiciones, preconcepciones del investigador...”. Desde esta consideración, es preciso señalar que, en un inicio, el interés para indagar sobre las prácticas mendicantes dentro del Metro se nutrió de las emociones (tristeza, impotencia, compasión e indignación) que dichas prácticas movilizaban en mí⁸ y las cuales de vez en cuando retribuía. Posteriormente, al tener contacto con el grupo experimenté un quiebre, en términos de Michael Agar (2008), que rompió con mis expectativas previas acerca del faquir, ya que las y los integrantes comenzaron a expresar la valentía, el orgullo y la percepción de trabajo hacia esta práctica.

En cuanto al rol que desempeñé dentro del grupo, en un inicio, las y los integrantes me identificaron como educadora de calle de la asociación civil en la que colaboré. Sin embargo, debido a mi participación en algunas de sus actividades y al *rapport* generado con el grupo, en ocasiones logré desprenderme del rol de educadora y establecí una relación de amistad con algunos integrantes. Este aspecto lo pude notar porque algunos miembros del grupo comenzaban a dirigirse hacia mí con palabras con las que usualmente no se refieren a los educadores de calle, por ejemplo: “mana”, “amiga”, “esta cabrona”. Asimismo, realizaban prácticas que, por lo regular, evitaban en presencia de los educadores de calle, como agredirse de forma

⁸ Este apartado lo desarrollaré con una escritura en primera persona, ya que involucra experiencias emocionales y del rol que jugué dentro del grupo, lo cual me es imposible narrar de manera impersonal.

física o consumir alguna sustancia mientras charlábamos. También, de manera ocasional, algunos integrantes compartían conmigo los alimentos que les regalaban (dentro de los vagones o en su punto de reunión) y me cuestionaban sobre el consumo propio de sustancias y sobre cuestiones de mi vida personal.⁹

Un aspecto importante sobre mi inserción en el grupo fue la alta gestión emocional que desarrollé (Hochschild, 1983) al presenciar situaciones o recuerdos dolorosos de las y los entrevistados y ante situaciones de riesgo que, principalmente, me generaban miedo e irritabilidad; por ejemplo, que nos detuvieran los policías en el momento de la práctica del faquir o que los integrantes del grupo se agredieran físicamente.

En cuanto a las características generales del grupo, éste se ubica en la alcaldía Gustavo A. Madero de la Ciudad de México. Es preciso destacar que la mayoría de los grupos de población callejera se han instalado en lugares céntricos y de alta concurrencia, tal es el caso de las inmediaciones de diversas estaciones del Metro –como Juárez, Taxqueña, Morelos, Garibaldi, Hidalgo y Tepito, por mencionar algunas–, pues esto les permite desarrollar alguna actividad económica cerca de su lugar de pernocta y en colonias populares de bajos ingresos, más “tolerables” a distintos tipos de marginalidades (Pérez R., 2012).

La composición del grupo es de aproximadamente 49 personas que frecuentan con regularidad, en diferentes momentos, una de las salidas de la estación del Metro La Raza. De las 49 personas, 37 se encuentran entre los 18 y los 42 años: 14 son mujeres y 23 son hombres. El grupo se compone de personas que viven o han vivido en calle y, en menor número, de personas que no están relacionadas con la vida en la calle, pero también desarrollan actividades económicas –como vender dulces y botanas– en los vagones de la línea cinco del Metro y en los autobuses de los paraderos más cercanos.

La muestra de entrevistas se realizó desde el criterio de conveniencia y se compone de 15 participantes, mujeres y hombres de 20 a 42 años, ya que es en dicho rango de edad que la población se dedica o se ha dedicado al faquir.

Las características sociodemográficas de la muestra se pueden observar en la siguiente Tabla.

⁹ Como efecto de la confianza y los intercambios establecidos con el grupo, me involucré en la gestión y acompañamiento para tramitar los documentos de identidad de algunos integrantes del grupo, aun cuando ya me había retirado de la asociación civil.

Tabla 2
Características de las personas entrevistadas

<i>Participantes</i>	<i>Edad actual</i>	<i>Edad en la que salieron de su casa</i>	<i>Grado de estudio</i>	<i>Lugar de nacimiento</i>	<i>Primer empleo que refieren y edad</i>	<i>Años en el faquir</i>	<i>Aún en el faquir</i>
Ruth	36	12	Primaria concluida	Cuautla, Morelos	Lava trastes a los 16 años	15	X
Cecilia	33	15	Secundaria concluida	Iztapalapa	En una panadería a los 15 años	2	
Marcela	33	10	Primero de primaria	Ecatepec	Vendedora ambulante de dulces a los 7 años	6	X
Adriana	38	18	Secundaria concluida	Estado de México	Payasita a los 14 años	4	
Cesar	30	12	Segundo de secundaria	Atizapán de Zaragoza	Albañil a los 10 años	15	X
Héctor	36	12	Sexto de primaria	Atizapán de Zaragoza	Cacharpo a los 10 años ¹⁰	4	X
Andrés	38	6	Primaria concluida	Chiapas	Tirar basura a los 12 años	3	
Roberto	40	8	Primero de secundaria	Iztapalapa	Tirar basura a los 8 años	2	
José	39	12	Preparatoria concluida	Gustavo A. Madero	Recolector de frutas en el campo a los 6 años	15	X
Marco	20	14	Secundaria concluida	Nezahualcóyotl	Faquir a los 14 años	3	
Fernando	42	20	Secundaria concluida	Chimalhuacán	Repartir volantes a los 8 años	5	X
Martín	40	16	Primaria concluida	Gustavo A. Madero	Tirar basura a los 8 años	16	X
Oscar	38	8	Quinto año de primaria en curso	Gustavo A. Madero	Tirar basura a los 8 años	5	
Pablo	40	8	Primero de secundaria	Miguel Hidalgo	Armar puestos a los 16 años	8	X
Diego	20	14	Secundaria concluida	Gustavo A. Madero	Vendedor en un local de helados a los 10 años	5	X

Fuente: elaboración propia. Los nombres de las personas del grupo fueron modificados para conservar la confidencialidad de las y los informantes.

¹⁰ Se le conoce como cacharpo al asistente del chofer de un micro o camión de transporte público. Cesar y Héctor son hermanos.

3. El espacio de trabajo: el faquir en la línea 5 del Metro de la Ciudad de México

Desde los inicios de su funcionamiento, hace cincuenta y tres años, el Metro de la Ciudad de México ha sido utilizado como un espacio laboral para diversas poblaciones “que, por sus características sociales, físicas, culturales y morales, tendrían poca cabida en otros espacios laborales” (Serna, 2020, 77). De acuerdo con Serna,

según los relatos de algunos de los primeros comerciantes populares, las estaciones del Metro fueron ocupadas, gradualmente, por los pequeños boleros, los comerciantes de dulces, los voceadores, los músicos y mendigos que antes realizaban sus actividades en otros espacios públicos de la ciudad (2020, 2).

Como ya se advirtió, una de las poblaciones que más ocupa el Metro como espacio para realizar diferentes actividades económicas, es la población callejera. Este es el caso del grupo de La Raza. Según algunos testimonios de los faquires más antiguos del grupo, desde hace más de veinte años, las inmediaciones del Metro La Raza (en especial, el parque que se encuentra en una de las salidas de la línea y los puentes peatonales) comenzaron a ocuparse de forma abundante por grupos de niños y jóvenes que vivían en las calles:

Flor: ¿Cómo llegaste a La Raza?

Pablo: Por un chavito que conocí ahí en San Lázaro, le decían Paco, nos empezamos a juntar, pero no llegamos a La Raza, llegamos a Potrero, a unas coladeras, yo tenía como 12 años, ahí duramos como 4-5 años, después cerraron las coladeras y varios nos venimos aquí a La Raza a un edificio [...] yo tenía como 17 años... ya después nos quedábamos aquí en el parque.

Mucha de la población callejera que habitaba en la zona de La Raza recurría al Metro como un espacio para ejercer actividades como el pablajeo y dulcear. Posteriormente, llegó el faquir por medio de dos de los integrantes de mayor edad, “Peluso” y “Cheque”:

José: Haz de cuenta... a mí me inició aquí lo que es el “Peluso” y “Cheque”, que en paz descansan [...].

Flor: ¿Cómo que te iniciaron?

José: [...] tenía yo 18-19 años, ellos me trajeron para acá y me dijeron que si yo quería chambear... hacíamos puro palabreo, sólo hablar, decir un mensaje y éramos dulceros [...], después el “Cheque” y el “Peluso” me enseñaron el faquir, ya de antañísimo ellos. Entonces yo empecé a seguir en esa tradición [...]

Flor: ¿Cuándo te enseñaron en la línea cinco ya había faquires?

José: No, éramos nada más nosotros, puro palabreo en ese tiempo, paletas y dulces.

Flor: ¿Y de dónde trajeron el faquir “Cheque” y “Peluso”?

José: Yo la verdad, no sé, yo aprendí de ellos, ellos me dijeron: “vamos a acostarnos en unos vidrios y nos van a dar más dinero”, porque duramos dos años pidiendo dinero con puro palabreo y dulces, ponle tú que de 2000 al 2001 puro palabreo, ya después del 2002 en adelante ya agarramos el faquir y empezamos de que “sabes que: se gana más, la gente como que se espanta” y la neta al principio sí nos cortábamos, no sabíamos, nos aventábamos a lo menso y unas cortadotas bien feas en todo el cuerpo, porque ahí se usan las rodillas, los codos, la espalda, hay chavos que hasta usan la frente.

Andrés, Pablo, Ruth y Martín, coinciden con el relato de José, quien es una referencia del faquir y las acrobacias en los pasamanos del vagón (barra) para el grupo de La Raza. Algunos jóvenes del grupo lo llaman “el maestro Chicano”,¹¹ pues ha sido una especie de predicador del faquir y de la barra durante al menos dos generaciones del grupo.

A la ocupación de la zona de La Raza como un espacio de hábitat y trabajo se suma la ubicación espacial de la línea cinco del Metro, pues se conforma por el recorrido de colonias populares, con altos grados de pobreza y delincuencia; conecta con Pantitlán, una de las terminales del Metro que más usuarios distribuye a las demás líneas, y dentro de la línea cinco se encuentran las estaciones Terminal Aérea y Autobuses del Norte, dos estaciones que distribuyen usuarios provenientes de otros estados del país.

Ante la pregunta ¿por qué hacer la práctica del faquir en el Metro y no en un crucero u otro espacio?, las narrativas indican que se trata de un lugar estratégico y selectivamente escogido por parte de los entrevistados; un espacio con una racionalidad propia que lo hace más adecuado para la realización de esta actividad que requiere, simultáneamente un tiempo mínimo de exposición (dos minutos), atención fija de los usuarios, heterogeneidad y masividad de público.

¹¹ “Chicano” es el apodo de José. Se integró a esta investigación con su previa autorización.

Por su parte, José (38 años) señala el factor “sorpresa” en el público que no conoce el *show*, lo cual genera mayores ingresos que cuando el espectáculo ya se supone “visto” de manera relativamente reiterada por parte de los usuarios. En ese sentido, la línea cinco también ofrece más posibilidades (por su gran concurrencia y diversidad) que una línea que cuenta con pasajeros o usuarios más cautivos. Otro elemento que remarcan los entrevistados, es que el Metro es el espacio más apropiado para realizar las acrobacias en los pasamanos de los vagones. Esa característica es algo que “causa más emoción en la gente”, pues en las acrobacias, “la gente siente y ve a un cuerpo pasar por arriba de ellos” (José, 38 años).

4. El faquir como trabajo

El término faquir, del árabe clásico *faqír*, “‘pobre’, ‘místico mendigo’”,¹² hace referencia a los integrantes de cualquiera de las órdenes mendicantes musulmanas: “La mayoría de los faquires pasaron sus vidas como mendigos predicadores y otros buscaron la santidad a través de la mortificación de sus cuerpos. Algunos caminaban sobre cristales y otros pasaban sus días posados sobre camas de clavos” (Pérez A., 2012, 204).

Siguiendo los hallazgos de la investigación realizada por Araceli Pérez (2012), para los habitantes de calle, el faquir no sólo se configura como una actividad económica, sino que también existe la intención de llamar la atención, de interactuar, de ser visible e insertarse a través de un acto que él significa como trabajo: “existe una intención de la reivindicación de sí mismos ante su situación de exclusión social” (Pérez A., 2012, 204).

Araceli Pérez (2012) interpreta las significaciones de un grupo de faquires desde la concepción estructural de la cultura, desarrollada por John B. Thompson (1993), para quien los fenómenos culturales se consideran como formas simbólicas en contextos estructurados. De esta manera, “las formas simbólicas se desarrollan dentro de una sociedad donde existen desigualdades sociales y económicas. “El faquirear, como una forma simbólica, tiene significados diferenciados, dependiendo del lugar que ocupe quien lo observa y quien lo realiza” (Pérez A., 2012, 205).

A partir de estos hallazgos, Araceli Pérez inaugura el debate sobre las formas simbólicas que desarrollan los adolescentes y lo que socialmente es concebido como trabajo, identificando tres posibilidades significativas:

¹² Real Academia Española.

1. El trabajo regulado por el Estado a través de instituciones y aceptado socialmente.
2. El trabajo reconocido por la sociedad y no reconocido ni regulado por el Estado.
3. Existe una tercera dimensión que no es regulada por el Estado y no es aceptada socialmente porque, básicamente, no existe un intercambio de bienes y servicios. En estas actividades sólo quien ofrece el servicio obtiene beneficios.

En este sentido, el acto del faquir no es socialmente aceptado como un trabajo, pues está desligado del sistema de producción y, en apariencia, no existe un intercambio de bienes y servicios. Sin embargo, los habitantes de calle confieren otro significado a sus prácticas.

Erick Serna (2020) identifica al faquir dentro del mercado popular¹³ del Metro en la categoría de “mendicidad artística”, una variable de lo que denomina “mercado emocional”. Para Serna, las diversas técnicas de mendicidad se inscriben en un “trabajo emocional” (Hochschild, 1983), en el cual el trabajo de la persona mendicante consiste en “voluntaria e involuntariamente, controlar las expresiones emotivas, legitimar su condición de ‘pobre merecedor’, para producir, en el potencial ‘otorgante’, el sentimiento de compasión que se traduciría en la dádiva o limosna” (Serna, 2020b, 13).

Mientras tanto, trabajos como el de Marco Fabre (2000), en Zaragoza, España, y el de Juan M. Pérez sobre la infancia callejera en la Ciudad de México (2003), ubican la práctica de la mendicidad en diversas tipologías que se clasifican como “mendicidad encubierta”; por ejemplo, “limpiar el parabrisas del auto, frotar los zapatos, realizar actos circenses donde se incrementa el riesgo para hacerlos más impactantes” (Pérez J. M., 2012). Desde esta lógica, el faquir se inscribe en la mendicidad disfrazada.

Por otro lado, la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) no considera a las actividades que se inscriben dentro de la mendicidad y la mendicidad disfrazada como actividades económicas, ni siquiera como actividades de ocupación. La ENOE (2005) ubica a estas actividades en la clasificación de transferencias intrahogares, donde también se encuentran las remesas.

¹³ Serna (2020) retoma la propuesta de “clase popular” de Lidia (1997).

Imagen 1
La puesta en escena del faquir



Fuente: toma propia, 14 de diciembre de 2019.

Ruth Pérez refiere que en el 2005, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) “se vio confrontado al problema de la distinción por parte de las personas interrogadas entre ‘mendicidad disfrazada’ y ‘actividades económicas’. Los individuos afirmaban contar con un empleo, mientras que la actividad económica no era reconocida como tal” (Pérez, 2012, 120).

Ante esta tensión que se ha detectado entre trabajo y mendicidad, la presente investigación retoma las propuestas de “trabajo emocional” de Arlie Hochschild (1983) y “trabajo no clásico” de Enrique de la Garza (2011) para entender el faquir como un trabajo que consiste en el ofrecimiento de un *performance* encaminado a la producción inmaterial (emocional), mediante intercambios simbólicos –que surgen de la interacción cara a cara– sobre la representación de la vida en las calles.

Es importante destacar la relación de la propuesta conceptual de “trabajo no clásico” con el crecimiento de las actividades no asalariadas, el subempleo y con personas “que no tenían aparente vínculo con el mundo del trabajo, pero [...] sí se relacionaban con él, aunque no en la forma clásica de relación entre el capital y el trabajo” (De la Garza, 2011, 51). Todo ello en el contexto de crecimiento industrial en Latinoamérica durante la década de 1980. En términos tradicionales, desde los enfoques económicos y sociodemográficos, estas actividades se estudiaban desde conceptos como “marginalidad” e “informalidad” (De la Garza, 2011); si bien en el presente caso de estudio se puede hablar de una población que se encuentra marginada en múltiples dimensiones, se considera que este concepto, así como el de informalidad, no permite observar las relaciones morales y de producción inmaterial que existen en la práctica del faquir, así como los significados, instrumentos y habilidades que desarrolla la población callejera. Tal y como ha señalado Serna, “pese a la mayúscula exclusión económica y social que significa la confinación de vivir de la caridad, ello no implica que el menesteroso se encuentre fuera del sistema social, como se podría interpretar desde una visión clásica de la marginalidad” (2013, 38).

Sumado al debate anterior, el objetivo de este artículo es describir la percepción de las personas que caracterizan el faquir, algo que hasta ahora se ha explorado de forma insuficiente.

Ante la pregunta ¿para ti la práctica del faquir es un trabajo?, de las 15 personas entrevistadas, 13 respondieron que sí y dos respondieron que no. Las respuestas que más prevalecieron en la percepción afirmativa fueron como la siguiente:

El faquir sí es un trabajo, porque es una manera en que sacas una moneda honradamente sin hacerle nada a nadie [...]. Es un arte porque pues muchos lo hacen ¿no?, como el tragafuego o el que traga espadas o el que se acuesta en clavos [...], nada más que la gente lo ve mal en nosotros por ser simplemente chavos de calle, lo denigran porque nosotros lo hacemos, pero sí a la mejor

alguien en la tele lo hace, para ellos es arte, es cultura, entonces para nosotros por ser chavos de la calle ya no está chido, pero sigue siendo lo mismo, porque no cualquiera lo hace (Adriana, 38 años).

Como se puede observar en el discurso de Adriana, el faquir es un trabajo honrado, una respuesta que expresaron 11 integrantes del grupo. A pesar de que legalmente y en algunas ocasiones socialmente el faquir es sancionado, el aspecto de “trabajo honrado” que se le atribuye, emerge de realizar una actividad diferente a las que comúnmente se le asocia a la población callejera, como el robo, el trabajo sexual y la venta de sustancias ilícitas (Pérez R., 2012; Pérez A., 2012). Asimismo, las y los entrevistados consideran que mediante la práctica del faquir se realiza un esfuerzo “por ganarse una moneda” (César, 30 años).

Algunos integrantes del grupo describen el faquirismo como un trabajo y un *show* donde uno de los objetivos es demostrar la habilidad para no cortarse. Sin embargo, de aquí nace una de las dualidades del faquir: mientras algunos demuestran no cortarse, otros se cortan a propósito con el fin de generar más asombro mediante la exposición del grado de peligro de la actividad, cuestión que para algunos significa la posibilidad de obtener más ingresos:

Sí, es un trabajo, aunque mucha gente no lo vea así [...] y no cualquiera tiene el valor para cortarse en los vidrios, hay mucha gente que dice “hay les quitan el filo a los vidrios, ya no cortan”, por eso luego tienen que ver la sangre (Martín, 40 años).

La siguiente respuesta muestra un elemento de suma importancia en el acto del faquir, el discurso (palabreo), ya que el *show* del faquir va acompañado necesariamente del ofrecimiento de un discurso de carencia y necesidad —es decir, la exposición del estigma— donde justifican su propia presencia en la calle:¹⁴

El faquir sí es un trabajo, porque es ganarse una moneda honradamente, respetando a la gente. Yo les doy un mensaje para que ellos no traten a sus hijos mal, que los cuiden... es como ese que digo; “ustedes, que son padres

¹⁴ En este sentido, el *performance* de faquir se diferencia de los demás espectáculos que se pueden apreciar dentro de los vagones del Metro; por ejemplo, espectáculos de magia.

de familia, tienen entonces a sus hijos ¡cúdalos, protégelos! Habla con ellos, díles que las calles no son buenas, que en las calles se sufren hambres, golpes, fríos, esas violaciones ‘malmiraciones’, discriminaciones, riñas y hasta la muerte”. Y eso para mí es darles algo, algo de lo que nosotros pasamos en calle, yo les doy ese mensaje (Marcela, 33 años).

Para algunos integrantes del grupo, en particular para las mujeres, la práctica del faquir significa un trabajo que les dota de dignidad y autonomía (Pérez R., 2012. 120), convirtiéndose en una actividad con la que no sólo obtienen ingresos materiales para ellas, sino también para sus hijos:

Así como los hombres nos demuestran que sí pueden, pues no, una mujer puede más que un hombre, yo sí me considero una mujer de muchos ovarios que he tratado de salir adelante, sola con mi hijo, aunque sea de faquir (Marcela, 33 años).

A pesar de que la mayoría describe al faquir como un trabajo, las percepciones no son generalizadas. A continuación se muestran dos respuestas de personas (hombres) que respondieron que el faquir no era un trabajo: “Para mí no, pues si pedir limosna es un trabajo ponlo como trabajo, pero para mí es pedir limosna” (Héctor, 36 años).

Para estos entrevistados, la práctica del faquir pertenece a la mendicidad. Vale la pena, en ese sentido, indagar en las trayectorias laborales de estos varones para comprender mejor cómo ciertos grupos sociales han sido arrojados a las técnicas que se enmarcan en la mendicidad para algunos y cómo estas técnicas se han configurado de forma simbólica como trabajo, para la mayoría, tal como señala Héctor: pedir limosna se configura como un trabajo.

El segundo entrevistado que no refiere el faquirismo como un trabajo, enfatiza la lógica del *show* y el espectáculo: “No es un trabajo, es como un entretenimiento. Yo lo veo como un entretenimiento que le das a la gente, un espectáculo, un *show*, no andas haciendo nada malo” (Fernando, 42 años).

Como se pudo observar en la Tabla 2, entre los entrevistados, cuatro personas han permanecido en la actividad del faquir por más de diez años; tres de ellos refieren, precisamente, que el faquir ha sido la única opción para mantener a su familia, algo que para ellos tiene gran valor, pues el faquir es “su” trabajo. Otros de los elementos fundamentales que configuran al faquir como un trabajo, son el aprendizaje del oficio, la organización y,

tal como lo menciono Marcela, la idea de que ellos le dan “algo” al público: además del espectáculo, otorgan una muestra de la realidad que se vive en las calles, mediante discursos biográficos (Matta, 2007) y un *performance* (Goffman, 2006) que se ajusta a las expectativas sociales sobre un habitante de la calle. Estas expectativas suelen determinarse por la dualidad víctima/delincuente del estigma de la población callejera (Martínez, 2018; Estrada, 2021).

En ocasiones, los faquires también otorgan tranquilidad al público usuario retribuyente, al demostrar que no son la amenaza que se podría esperar (Simmel, 2014 [1908]). Esto se puede observar en algunas frases del discurso como “no guardes tus pertenencias, no te voy a robar”; “les venimos haciendo un pequeño *show* de faquir para poder ganar una moneda honradamente y así no tener que andar delinquiendo, en los puentes, en los transportes o en cualquier otro lugar”.

Los relatos anteriores demuestran que la mayoría de los faquires del grupo han configurado el significado del faquir como un trabajo que dota de ingresos económicos, requiere de inversión de tiempo, de esfuerzo físico y mental, de práctica y aprendizaje de un oficio, de organización (individual y colectiva) y se nutre de la identidad y socialización del grupo, lo cual influye en su permanencia y continuidad en la práctica.

Además de lo anterior, el faquir dota de reconocimiento social a sus practicantes, tal y como señala José:

... me volví profesional en esto a través de los años, a través de mejorar mi acto [...]. El faquir te eleva tu ego, y luego me late cuando no me corto, porque las mujeres: “¡ay, no se corta!” y los niños “¡ay!, ¿ya viste papá? ¿ya viste mamá?”, y ahí va la moneda (José, 38 años).

Incluso, varios de los faquires refieren y muestran las cicatrices de su cuerpo como un currículum corporal en el cual tienen plasmada una trayectoria de adversidades superadas.

5. Trayectorias laborales, riesgos y estrategias entre los faquires del Metro

Lo primero que refieren los entrevistados a la hora de narrar sus comienzos en la práctica del faquir son las circunstancias (biográficas, familiares,

sociales) por las cuales se relacionaron con la actividad. En ese sentido, la “llegada” y permanencia de la vida en la calle es un elemento principal. La mayoría de los entrevistados refiere que antes de iniciar en la práctica del faquir realizaron otras actividades relacionadas, como palabrear, dulcear, payasear, cantar, charolear y limpiar parabrisas. Es decir, el faquir, lejos de constituir una especie de rito de iniciación en la calle, es un punto de llegada al que se accede después de haber pasado, probado y aprendido otras técnicas de trabajo emocional relacionadas con la mendicidad.

En los hombres del grupo existe una característica que no se presenta, con tanta frecuencia, en las mujeres. Nueve de los once hombres de la muestra han permanecido una o más veces en un reclusorio. Este es un dato relevante, pues la mayoría refiere que, al salir, tenía una gran incertidumbre sobre su futuro y una gran duda sobre su situación, entre otras cosas, económica. Dicha duda se resolvía, después de todo, en la práctica del faquir y en otras actividades, sobre todo, como limpia parabrisas. Así, al integrarse de nuevo al grupo, adoptan una vez más la práctica del faquir:

Andrés: Cuando salí de la cárcel me cayó el veinte y dije: “¿ahora qué voy a hacer?”

Flor: ¿Y qué hiciste?

Andrés: Regresé al faquir porque estaba de moda y ya me acostumbré a traer dinero siempre, entonces pues necesitaba yo dinero y pues dije: “pues ahí sale”.

Flor: ¿Buscaste otra opción antes de regresar al faquir?

Andrés: No

Flor: ¿Por qué?

Andrés: Porque en cualquier empleo te piden papeles, las cartas de recomendación, me falta la cartilla liberada, no la tengo y pues ir a pedir trabajo, a una entrevista, es perder un día ¿y en ese día quien me mantiene? La verdad, o sea, yo salgo a buscar trabajo, pero yo vivo al día (Andrés, 38 años).

Esta narración demuestra la recurrencia de la población callejera a actividades que les permiten sobrevivir al día. Como puede observarse en la Tabla 1, la inauguración de las trayectorias laborales de los entrevistados varía en cuanto a la edad del primer trabajo y de la actividad desempeñada. Sin embargo, se pueden apreciar algunas regularidades en cuanto al género.

La trayectoria laboral de los hombres, en general y a diferencia de las mujeres, se compone de ocupaciones típicamente masculinizadas como albañilería, guardias de seguridad, lavado de carros, trabajos de herrería,

electricidad, venta de “chácharas”,¹⁵ cartoneros, realización de mudanzas y lanza llamas.

En las mujeres, en cambio, la edad de la salida de casa es más tardía, no disminuye de los diez años y, entre ellas, sus trayectorias laborales están más asociadas a ocupaciones típicamente feminizadas: recamareras en hoteles, meseras, trabajos de limpieza y vendedoras en locales de alimentos.

Por el contrario, las actividades previas a la práctica del faquir en las que coincidieron las trayectorias laborales de hombres y mujeres, fueron el comercio de dulces, puestos de lava trastes en negocios de comida, vagoneros/as,¹⁶ cantar en el transporte público y limpia parabrisas.

A diferencia de los varones entrevistados, todas las mujeres refirieron que han pasado cierto tiempo o momentos de su trayectoria laboral en la inactividad al estar en pareja. Para las mujeres entrevistadas, la práctica del faquir es una actividad que les permitió solventar las necesidades de sus hijos cuando fueron madres solteras y que, en la actualidad, les brinda seguridad por tener a sus hijos con ellas mientras trabajan. Esto es un elemento fundamental en el vínculo entre mujeres y trabajo en este tipo de actividades. Tanto la práctica del faquir como otras actividades económicas realizadas en el espacio público les permite a las mujeres estar con sus hijos mientras trabajan. Ante la falta de redes sociales e institucionales de apoyo (desde familiares hasta guarderías), estas mujeres no pueden buscar otro tipo de trabajo porque no tienen con quién dejar a sus hijos. De allí que la práctica del faquir constituya para ellas una especie de estrategia de sobrevivencia (De la Rocha, 1986) que les permite, al mismo tiempo, generar ingresos, cuidar y criar a sus hijos.

Por otro lado, algunas de ellas refieren haber iniciado en la práctica del faquir ante el abandono de su pareja y por la necesidad de cubrir gastos. En el caso de Adriana, el comienzo de la actividad se vio impulsado por un suceso de violencia por parte de su pareja (quien también era faquir); al inicio, ella se dedicaba a cantar en el Metro. En una pelea con su pareja, él la golpeó muy fuerte y le dejó una gran herida en la boca, ella se separó; y ante la imposibilidad de cantar y con la responsabilidad de hacerse cargo de su hija, decidió unirse a Ruth, quien ya estaba en la actividad de faquir desde hacía algún tiempo. Cuando comenzaron a trabajar juntas, por la herida en su boca, Adriana ocupaba el rol de la persona que se acuesta

¹⁵ Variedad de objetos de segundo uso.

¹⁶ Comerciar productos dentro de los vagones del Metro.

en los vidrios, mientras que Ruth palabreaba. Más tarde, Adriana permaneció en el faquir al notar que los ingresos que recibía eran mayores que los de cantar en el Metro. De hecho, si ya de por sí resulta un espectáculo estremecedor ver a un varón acostarse sobre vidrios, su efecto es aún más pronunciado cuando se trata de mujeres, en la medida en que es una actividad mucho más asociada a valores y prácticas masculinas. Incluso, algunas de ellas refieren obtener mayores ingresos que sus pares varones. De cualquier forma, todos los entrevistados refieren que, al inicio de la actividad (algunos años atrás), los ingresos económicos eran mayores a los de la actualidad.

A diferencia de las mujeres, sólo dos varones narran haber realizado la práctica del faquir en compañía de sus hijos. Uno de ellos es padre soltero y comenta que en cuanto creció su hijo, transitó del faquir a la barra, pues no le gustaba que su hijo lo viera cortarse.

Como puede apreciarse, una de las diferencias por género más relevantes son los motivos o razones para insertarse en la práctica del faquir, así como las características que asume la actividad para cada sexo. Para las mujeres, los hijos juegan un papel muy importante, tal como se describirá más adelante.

A pesar de las diferencias por género, se podría deducir también que, en general, las trayectorias de los faquires se inscriben en un “mercado de trabajo inestable y de baja calificación, con bajos salarios, desprovistos de seguridad social y sindical” (Alder, 2016, 73). No obstante, pese a esta precariedad generalizada, no deja de resultar interesante que la reivindicación de la actividad como un trabajo no asalariado también pasa por la administración del tiempo propio, las horas de trabajo de acuerdo con sus necesidades y la percepción de ser “su propio jefe”.

En comparación con otras actividades dentro del Metro (como vender algún producto), los participantes prefieren la práctica del faquir, pues es una actividad en la que no tienen que invertir para comprar la mercancía y evitan el riesgo de no vender y, en consecuencia, no obtener los ingresos para sobrevivir en un día, tal y como expresa Cecilia (33 años): “Nosotros vivimos al día, si yo no vendía todo, ya no sacaba para mi cuarto de hotel”.

Otro incentivo importante para aprender, transitar y permanecer en la práctica del faquir, es la constatación de que se obtienen más ingresos que en otras actividades:

A mí casi no me daban con el cuento, como que no estaban acostumbrados al cuento y cuando faquireaba nos daban más varo, entonces a mí me enca-bronaba y decía: “pinche gente culera [...], le gusta más ver que nos cortemos, que escuchar un cuento” (Adriana, 38 años).

El relato de Adriana no sólo da cuenta de las múltiples racionalidades de estos trabajadores a la hora de seleccionar sus actividades, sino también de la mirada crítica y reflexiva que ejercen hacia los usuarios que, a su vez, devienen en sus clientes. Adriana, a pesar de ejercerlo, no “entiende” el negocio; no sólo cuestiona su trabajo (“¿cortarse?”), sino sobre todo la fascinación del otro por el morbo.

Sobre la práctica y aprendizaje del faquir, una vez que los entrevistados se atreven a acostarse en los vidrios, generan una especie de control emocional –o de inmunidad subjetiva, a decir de Douglas (1996)– para evitar el miedo y el dolor, y comienzan a preparar sus vidrios por sí mismos, algo que también aprenden con la observación de los otros.

Así, algunos consiguen las botellas para los vidrios en basureros de hoteles, de tianguis o las compran por kilo en los depósitos de reciclaje. Para preparar una playera con vidrios se necesitan entre tres y cuatro kilos de botellas que no pasan por ningún proceso de lavado ni de higiene, algo en lo que todos coinciden. Cuando tienen oportunidad de comprar las botellas escogen el color de su preferencia.

Imagen 2
Playera con vidrios y algunas monedas



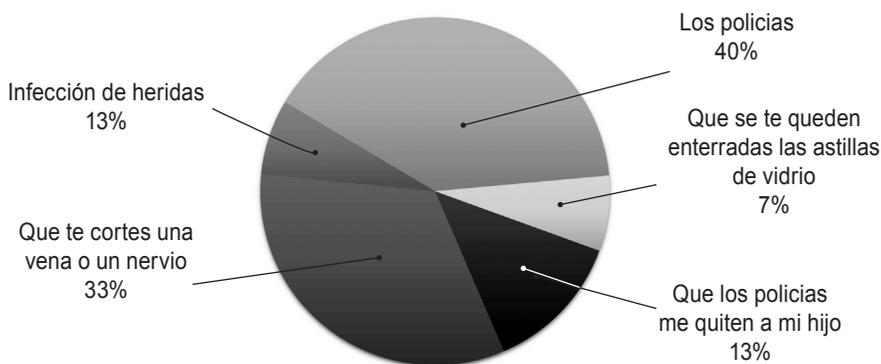
Fuente: toma propia, 23 de febrero, 2020.

El siguiente paso es organizar los equipos de trabajo que, por lo regular, son de dos a tres personas. En lo que uno hace el acto de acostarse sobre los vidrios –el cual a veces acompañan de acrobacias en los pasamanos del vagón–, uno palabrea y otro cuida de la policía. Los ingresos siempre deben depositarlos en la playera con vidrios y se cuentan hasta el final de la jornada. Las actividades se van rotando. Sin embargo, si bien ésa es la práctica habitual, en ocasiones los entrevistados hacen la práctica solos, o en el caso de las mujeres, acompañadas de sus hijos; esto depende de quién esté disponible para trabajar y de cómo se adapten entre los integrantes del equipo.

Sobre los ingresos obtenidos, de acuerdo con las cantidades referidas por los entrevistados y las observaciones realizadas, una persona obtiene cerca de 55 pesos por hora de trabajo.

En cuanto a los riesgos percibidos por los participantes, éstos también difieren en cuanto al género. Sin embargo, como se podrá observar en el siguiente gráfico, existen dos riesgos que todos los participantes refieren:

Gráfica 1
Principales riesgos percibidos en el faquir



Fuente: elaboración propia.

Con respecto a los riesgos relacionados con cuestiones físicas, como cortarse algún nervio o que las heridas les produzcan alguna infección, la mayoría de los entrevistados relata experiencias propias sobre miedo al dolor, vidrios enterrados en manos o espalda, heridas infectadas y astillas

de vidrio que causan mucha comezón. Para hacer frente a estos riesgos físicos comparten una serie de prácticas como lavar las heridas y la piel con jabones que contienen altas cantidades de sosa cáustica, aplicar toques de violeta a las heridas infectadas y una alta gestión emocional para paliar el miedo y el dolor. Algunas ocasiones, la gestión de sensaciones y emociones dolorosas se vincula al uso de sustancias psicoactivas. En general, la gestión del miedo se hace necesaria para sobrevivir en la calle, tal como refiere Roberto (40 años): “aquí la ley de la calle es la ley del más fuerte [...], aquí no se aceptan débiles”.

Sólo tres participantes (dos hombres y una mujer) refirieron acudir al médico o alguna institución de asistencia ante situaciones “graves”, como la pérdida de mucha sangre por vidrios enterrados, la perforación excesiva de vidrios y la inmovilidad de las manos.

Todos en el grupo aludieron al suceso experimentado por un exintegrante del grupo que ha sufrido una de las consecuencias más graves en la práctica del faquir: “...se le enterró un vidrio en la espalda... se le infectó bien gacho, pero no fue al doctor... parece que le dio una infección en la sangre, ahorita está en silla de ruedas” (Diego, 20 años).

Después de esta experiencia, que ha marcado a todo el grupo, algunos faquires han optado por ya no cortarse la espalda y sólo exponer los brazos.

¿Ah, por qué yo nada más lo hago con la mano? O sea, me duele menos perder una mano que quedar paralítico, yo no me aviento de espalda, antes sí, pero cuando me platicaron de un güey que se quedó paralítico, ya no lo hago, ya nada más con el hombro (Héctor, 36 años).

A pesar de las inseguridades físicas que implica la práctica del faquir, el primer riesgo mencionado por todos los entrevistados del conjunto son los grupos policiacos. Tanto por el modo del relato como por el tono de voz y la expresión de sus rostros, los entrevistados mostraban una gran indignación con la policía; y en particular entre las mujeres, el miedo emergía como emoción principal.

A su vez, este temor a la figura policial se encuentra atravesado por el miedo a la imputación de crímenes. Dos de los integrantes más jóvenes del grupo han sido objeto de remisiones al reclusorio. En uno de los casos, el grupo relata que los policías presentaron al joven ante el Ministerio Público con una bolsa que contenía un kilo de marihuana, la cual él no llevaba consigo.

Sobre la cuestión de riesgos relacionados con familiares, sólo las mujeres hicieron referencia a ello en sus relatos. Para las entrevistadas, tener a sus hijos mientras practican el faquir se presenta como una característica dual. Por un lado, obtienen la seguridad de cuidar y estar con sus hijos mientras trabajan; asimismo, los niños desencadenan más donaciones e ingresos. Por otro lado, desatan más riesgos: la constante amenaza de que los policías les quiten a sus hijos; que los pequeños quieran imitar la práctica del faquir; y los accidentes dentro del Metro, así como la posibilidad de que las puertas machuquen las manos a sus hijos o que se caigan cuando el Metro frena de manera acelerada.

De las cuatro entrevistadas, sólo dos se han retirado de la práctica del faquir en la actualidad: una de ellas decidió cantar en el Metro y otra dulces en calles cercanas al Metro Hidalgo. En el caso de Ruth, la mujer que más años lleva en la práctica del faquir (15 años), si bien manifiesta diversas incertidumbres relacionadas con su mundo laboral, la principal angustia es provocada por el miedo de ser separada de sus hijos, ya que en repetidas ocasiones los elementos policiacos del Metro la han amenazado con quitárselos y trasladarlos al Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia.

Ruth también menciona el miedo de que sus hijos quieran reproducir la práctica del faquir en el futuro y la frustración que le genera no ganar dinero suficiente para pagar la renta de un cuarto de hotel. En ese sentido, lo que a ella menos le importa son las cortadas de sus brazos. Su último intento por dejar la práctica del faquir ocurrió cuando obtuvo un empleo como recamarera en un hotel. Sin embargo, la imposibilidad de que alguien cuidara de sus hijos mientras cumplía su jornada laboral y el impedimento de tenerlos con ella en el hotel, hicieron que abandonara su puesto de trabajo después de seis meses. Así, hasta el momento de la entrevista, la práctica del faquir sigue siendo la única actividad económica que le permite a Ruth solventar sus necesidades y las de su familia.

Referente a las y los entrevistados que han abandonado la práctica del faquir, dentro de su marco de posibilidades, han optado por realizar otras actividades en el Metro como cantar, dedicarse a la barra o sólo palabrear. La generación más joven del grupo se ha inclinado por la barra como una actividad con la que evitan los riesgos físicos de la práctica faquir. Algunos de ellos, sobre todo los que han transitado del faquir a la barra, refieren que están satisfechos con el cambio de actividad porque ya no se cortan ni

ponen tanto en riesgo su integridad física. Además, sienten que el público ya no se angustia y que otorgan un *show* que, en general, a los usuarios les agrada. Sin embargo, la práctica de la barra no queda exenta de peligros: la constante criminalización que abarca todas las actividades populares dentro de los vagones del Metro, tocar o golpear a algún usuario, que los participantes se caigan de los tubos o el desgaste de las articulaciones, se encuentran entre los riesgos más comunes de esta actividad.

Consideraciones finales

Las narrativas de las personas implicadas en la práctica del faquir evidencian el margen de acción de una población vulnerable, que lejos de ser pasiva, moviliza recursos materiales, simbólicos y emocionales para hacerse visible en lugares de alta concurrencia, como lo es el Metro de la Ciudad de México, e integrarse a las interacciones cotidianas de una sociedad que en diversos episodios de sus trayectorias de vida y laborales les ha discriminado y excluido, sobre todo, por las desventajas sociales relacionadas con su condición de pobreza y por un estigma que se asocia a la representación de una población potencialmente peligrosa, dañina y transgresora de los modos de vida convencionales.

En este sentido, es posible observar la agencia de esta población mediante la práctica del faquir como una estrategia de sobrevivencia, en la cual hacen uso del mismo estigma por el que anteriormente fueron excluidas, desarrollan habilidades corporales y generan un mundo laboral al que tienen acceso, aun con la implicación de múltiples inseguridades.

Sobre la percepción de riesgos en la práctica del faquir, ésta se presenta de manera dual; por un lado, los entrevistados refieren ser conscientes de las múltiples inseguridades de esta actividad, lo cual les ha motivado a transitar a otro empleo y a elaborar ciertas estrategias para disminuir los riesgos de la práctica del faquir; por otro lado, esta misma conciencia sobre los riesgos genera un reconocimiento positivo del faquir, como una actividad que no cualquier persona practica y para lo cual se requiere de cierta fortaleza y valentía. Dicho reconocimiento nutre la identidad del grupo y genera un sentimiento de orgullo en los entrevistados.

Las narrativas y las trayectorias recuperadas revelan que la configuración del faquir como un trabajo y la permanencia de los entrevistados en la actividad, se encuentran relacionadas con su condición de habitantes

de calle y de madres, en el caso de las mujeres. Habitar en la calle juega un papel muy importante para todos los entrevistados, en la medida en que les resulta prácticamente imposible encontrar otro empleo “desde” la calle. No sólo por las dificultades que supone no contar con documentos, sino también por factores cotidianos como no tener dónde bañarse. A estos obstáculos para abandonar la práctica del faquir, hay que agregarle, como ya se ha mostrado, importantes incentivos para continuar con la actividad. El arraigo callejero, la identidad del grupo, los ingresos que generan y la flexibilidad de horarios se encuentran entre los principales incentivos para no abandonar la práctica, a pesar de los riesgos que supone. En ese sentido, sus expectativas laborales oscilan entre el pasado de sus trayectorias (trabajos anteriores fuera del Metro), la experiencia del presente que les permite sobrevivir y la posibilidad de un futuro no sólo fuera de la práctica del faquir sino, sobre todo, fuera de la calle.

Para el caso de las mujeres faquires que practican la actividad en compañía de sus hijos, la percepción del riesgo aumenta debido a las constantes amenazas, por parte de los grupos policiacos, para remitir a sus hijos al Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, acción que más allá de promover el desarrollo integral de la familia, provoca un estado de incertidumbre en las entrevistadas, quienes al no contar con redes de apoyo para el cuidado de sus hijos se acompañan de ellos en cualquier actividad.

El caso de las mujeres, así como la constante criminalización de la práctica del faquir, lo cual para los entrevistados representa una de las principales inseguridades de la actividad, deja al descubierto la falta de responsabilidad social del Estado al considerar a esta población, y a las prácticas económicas que realizan dentro de las instalaciones del Metro, como una disfunción superable, un incómoda problemática que busca erradicar del espacio público, en lugar de comprender que estas nuevas configuraciones de trabajo, así como las trayectorias y las condiciones de vida de la población callejera, se presentan como una manifestación de la pobreza y la desigualdad al acceso de la estructura de oportunidades.

Para finalizar, es importante mencionar las principales limitaciones de la investigación; por ejemplo, el contexto en que se realizó la recolección de los datos (antes de la pandemia), la modificación de las actividades económicas de la población callejera a raíz de la pandemia por la enfermedad COVID-19 y la suma a estas actividades de personas que se vieron afectadas por la crisis del desempleo durante la pandemia.

Imagen 3
Usuario retribuye el acto de faquir



Fuente: toma propia, 26 de diciembre, 2019.

A partir de las anteriores limitaciones se proponen las siguientes líneas de investigación, en el marco de la pandemia por la COVID-19: 1. las implicaciones de la pandemia en la población callejera y la configuración de riesgos asociados a esta enfermedad y 2. el aumento de personas que habitan en las calles y, en efecto, el incremento y la existencia de nuevas modalidades de mendicidad. Con respecto a esta última hipótesis, cabe resaltar que, en el actual contexto de crisis, los lazos de solidaridad que permiten sobrevivir a la sociedad en general tanto como a la población callejera, obtienen un valor preciado y se expresan como signos de humanidad desde los cuales

reconocemos al otro en aras de enfrentar los riesgos y las contingencias en comunidad.

Bibliografía

- Alder, Larissa. 1975. *Cómo sobreviven los marginados*, Ciudad de México: Siglo XXI.
- Agar, Michael. 2008 (1982). "Hacia un lenguaje etnográfico". En *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Carlos Reynoso, 117-137, Barcelona: Gedisa.
- Bogdan, Robert y Steven Taylor. 1987. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*, Barcelona: Paidós.
- Castel, Robert. 1997. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires: Paidós.
- Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. 2014. *Situación de los derechos humanos de las poblaciones callejeras en el Distrito Federal 2012-2013*, México: CDHDF.
- De la Garza, Enrique. 2011. "Más allá de la fábrica: los desafíos teóricos del trabajo no clásico y la producción inmaterial", *Revista Nueva Sociedad*, núm. 232, 50-70.
- Douglas, Mary. 1996. *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*, Barcelona: Paidós.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. 2005. *Encuesta Nacional de Ocupación y empleo 2005*, Aguascalientes: INEGI.
- Estrada, Flor. 2021. *En la forma del pedir está el dar: trabajo emocional de personas de población callejera en el metro de la Ciudad de México* (tesis de Licenciatura en Trabajo Social), Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fabre, Miguel. 2000. *De transeúntes, vagos y mendigos: un estudio sociológico de la indigencia en Zaragoza en el tránsito de siglo* (tesis doctoral), España: Universidad de Zaragoza.
- Goffman, Erving. 2008. *Estigma la identidad deteriorada*, Madrid: Amorrortu.
- González de la Rocha, Mercedes. 1986. *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco.

- Guber, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano*, Buenos Aires: Paidós.
- Gutiérrez, Roberto. 2020. "Personas en situación de calle: una tragedia casi invisible", *El universal*, disponible en: <https://www.eluniversal.com.mx/ciencia-y-salud/aumenta-numero-de-personas-en-situacion-de-calle-en-la-cdmx>
- Hochschild, Arlie. 1983. *The managed heart commercialization of human feeling*, Los Ángeles California: University of California Press.
- Mancini, Fiorella. 2017. *Asir incertidumbres. Riesgos y subjetividad en el mundo del trabajo*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Sociales; El Colegio de México.
- Martínez, Mónica. 2018. *De la calle fui... Poblaciones callejeras en la Ciudad de México* (tesis de maestría en sociología política), Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Matta, Juan Pablo. 2008. "Fronteras del concepto de intercambio; pertinencia epistemológica del concepto de intercambio para el análisis de la relacionalidad lástima-limosna". *IX Congreso de Antropología Social*, Argentina: Universidad Nacional de Misiones Mora.
- Paredes, Lorena. 2018. *Libertad en tolueno. Una experiencia de nacer, crecer, vivir y sobrevivir en la calle* (tesis de maestría en antropología física), Ciudad de México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Pérez, Araceli. 2012. "Adolescentes faquires", *Rayuela. Revista Iberoamericana sobre Niñez y Juventud en Lucha por sus Derechos*, núm. 5, 204-214, México.
- Pérez, Juan Martín. 2003. "La infancia callejera: apuntes para reflexionar el fenómeno", *Revista Española de Educación Comparada*, núm. 9, 153-186, España.
- Pérez, Ruth. 2012. *Vivir y sobrevivir en la Ciudad de México*, Ciudad de México: Plaza y Valdés.
- Ruiz, Ali. 2019. "¿Existe una cultura callejera?", *Bibliografía de calle*, disponible en: http://bibliografiacalle.cl/wp-content/uploads/2018/10/Existe-una-cultura-callejera_.pdf
- Secretaría del Desarrollo Social de la Ciudad de México. 2018. *Diagnóstico Situacional de las Poblaciones Callejeras 2017-2018*, México: SEDES.
- Serna, Erick. 2020. "El comercio popular en el metro de la Ciudad de México", *Apuntes sobre el futuro del trabajo*, núm. 2, 1-6.

- Serna, Erick. 2020b. *Gobernar bajo la ciudad: etnografía sobre la gobernanza del comercio popular en el metro de la Ciudad de México* (tesis de doctoral), Ciudad de México: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- Serna, Erick. 2013. *Los que laboran en la oscuridad. La informalidad regulada del discapacitado visual bajo la ciudad* (tesis de maestría en estudios urbanos), Ciudad de México: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- Simmel, Georg. 2014 (1908). "El pobre". En *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, Georg Simmel, 467-482, México: Fondo de Cultura Económica.
- Taracena, Bertha, Griselda Albarrán y Edith Flores. 2011. *Educación para poblaciones callejeras: Reflexiones sobre un modelo educativo y el perfil de los educadores de calle*, México: Secretaría de Educación Pública; Universidad Nacional Autónoma de México.
- Thompson, John B. 1993. *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México: UAM Xochimilco.

Anexo 1

Guía de entrevista semiestructurada dirigida a personas de población callejera del grupo de “La Raza”

Objetivo: Conocer la percepción y las inseguridades de la práctica del faquir como un trabajo, desde la experiencia de las personas de población callejera, así como las trayectorias laborales y los factores que determinan la permanencia de esta población en dicha práctica.

a) Ficha de identificación de la persona

Nombre:

Edad:

Lugar de nacimiento:

Escolaridad:

Número de hijos/as:

Edad en la que salió de su casa:

Actividad económica que realiza actualmente:

Lugar en el que habita actualmente:

b) Breve trayectoria de vida y laboral

Motivo por el cual salió de su casa:

Cómo llegó al grupo de “La Raza”:

Primer empleo:

Línea del tiempo de empleos y sus características:

c) Metro, vagones y espacio público

¿Por qué realizas la práctica de faquir en el Metro?, ¿Por qué en la línea 5?

¿Intentaste en otros espacios? Diferencias entre distintos espacios y diferentes líneas:

d) Experiencias en el faquir

¿Cuánto tiempo llevas practicando faquir?

¿Cómo lo aprendiste?

¿Cuáles fueron las emociones que sentiste al realizar la técnica de trabajo? (cómo las gestionó).

Experiencias relevantes de las emociones sentidas:

¿Por qué decidiste permanecer en el faquir?

Ingresos al día:

¿Cuántas horas le dedicas al día?

¿De qué dependen mayores ingresos?

e) Construcción y percepción de la práctica del faquir

¿Cuáles son los pasos que sigues para hacer tu técnica de trabajo? (Descripción de los materiales y del desarrollo).

¿Cuál es el discurso que utilizas?

¿Por qué utilizas este discurso?

¿Para ti, el faquir es un trabajo? ¿Por qué?

¿Cómo te sientes al realizar el faquir?

¿Qué significa ser una persona que realiza faquir en el Metro?

f) Principales inseguridades y estrategias en el faquir

¿Para ti cuáles son los principales riesgos de practicar el faquir dentro del Metro?

Si ordenaras esos riesgos en una numeración, ¿cuál quedaría en número uno por su mayor grado de peligrosidad?, y así sucesivamente.

¿Realizas alguna acción para disminuir estos riesgos? ¿Cuál?

g) Alternativas laborales

¿Has pensado o intentado otras alternativas para obtener recursos?, ¿cuál fue tu experiencia (sueldos, contratos, rechazo, discriminación, obstáculos, incertidumbre)?

¿Cómo se vincula el ser mujer y madre con el ejercicio del faquir?

Experiencias de conflicto con los grupos policiacos:

Experiencias de conflicto con el público usuario:

¿Qué propones ante los conflictos y los riesgos que implica el desarrollo del faquir dentro del Metro?